

Biblioteca, *common place*

Ignacio Bajter¹

New York University

Resumen

Este artículo analiza la fundación de la Biblioteca Pública de Montevideo (1816) a través de la figura del fundador, Dámaso Antonio Larrañaga, y de su proyecto de «Historia Natural». Propone que la necesidad de preservar y expandir las colecciones botánicas, minerales y zoológicas está en la base de la biblioteca de Larrañaga. Un cuaderno de notas usado como enciclopedia portátil sirve para construir esta hipótesis. En ese manuscrito, titulado *Common place book* (1807-1819), Larrañaga describe los instrumentos elementales para la investigación científica, comienza su «Diario de Historia Natural» y establece, desde sus primeras páginas sobre los libros y la lectura, una reflexión sobre la biblioteca en su doble naturaleza: material, concreta, y abstracta, sin lugar, aunque configurada por el contexto histórico.

Palabras clave: Biblioteca de Uruguay, comienzos, D. A. Larrañaga, enciclopedia portátil, archivo, *common place book*.



1. Investigador, estudiante doctoral en New York University. Entre 2010 y 2017 formó parte del departamento de investigaciones de la Biblioteca Nacional de Uruguay, donde se originó este trabajo para la *Revista de la Biblioteca* 11-12, 2016, dirigida Ana Inés Larre Borges. La revisión se realizó en 2020 a partir de la recuperación del archivo *Relics and Selves*, proyecto de Jens Andermann en New York University, y del seminario *Archives, Archival Theory, and Paleography*, de Zeb Tortorici (NYU, 2018).

quedarás aquí cuando salgas
Diderot, *Jacques le fataliste*, 1773

camadas depositadas sucesivamente
las unas sobras las otras
Andrés Lamas, *Escritos selectos* I, 216

Establecer: esta es la palabra. Hace falta un lugar, una fecha, objetos, una pieza retórica y la historia echa a andar. Hay un día para el culto del pasado y una figura, un rostro que en el caso de la Biblioteca de Montevideo, abierta en mayo de 1816, es simpático y se ve de perfil, solo una vez de frente. Las fundaciones son gestos cuyo significado está siempre en movimiento, y sus consecuencias suelen ser ambiguas, sorprendidas. Si algo se funda y se pierde, el tiempo puede salvar el nombre, dejar ver la estructura o al menos una huella de lo que hubo en principio, aunque el comienzo sea difícil de verificar: no es un punto, no es una piedra fundacional, sino una serie compleja.

En el relato que persiste, Dámaso Antonio Larrañaga (1771-1848) inaugura en acto solemne la Biblioteca Pública de Montevideo. Tiene la aprobación formal del cabildo y, con una misiva honorífica, de José Artigas, apostado en su campamento sobre el Río Uruguay, lejos del lugar de los hechos. El fundamento revolucionario toca su sentido pleno, iluminista, integrador: «Toda clase de personas tiene un derecho y tiene una libertad de poseer todas las ciencias por nobles que sean», dice Larrañaga en la apertura. «Todos podrán tener acceso a este depósito augusto de ella. Venid todos, desde el africano más rústico hasta el más culto europeo, todos encontraréis la más humana y obsequiosa acogida» («Oración inaugural» 7-8).

Este proyecto emancipador llamado Biblioteca, donde el cura proponía estudiar y mantener vivos «*el minuan, el charrua, el chaná, el boane, el goanoa, el guaraní*», en pie de igualdad con las lenguas europeas que circulaban por la ciudad y el campo (11), dura demasiado poco, menos que el canto del gallo: desde fines de ese otoño de 1816 hasta mediados del verano siguiente. Esta existencia breve estuvo, además, amenazada por el rumor de una invasión que acabaría con el orden político que había dado lugar a la Biblioteca.

Cualquier cronología deja a la vista el otro lado de la trama: los portugueses entran en la Provincia Oriental en julio de 1816 y

toman Montevideo el 20 de enero de 1817. El padre Larrañaga es uno de los encargados de salir al encuentro del «ejército pacificador» de Carlos Federico Lecor, un militar portugués a quien el relato nacional y patriótico pone, sin discrepancias, a la altura de un tirano deshonroso.² Larrañaga es enviado a Río de Janeiro por el cabildo de Montevideo en un viaje que ocupa casi todo 1817. La misión era «cumplimentar a D.n Juan VI y darle las gracias por la invasión» (Algorta Camusso 81), preámbulo para legitimar los poderes de Lecor y solicitar la protección de la corona. A falta de bibliotecario, la recién estrenada Biblioteca vuelve al claustro, y cae en un punto ciego que dura más de veinte años.

Estos inicios difíciles y vacilantes dieron lugar, ya en el siglo XIX, a polémicas soterradas y entrelíneas sobre los comienzos de la Biblioteca Pública. Quienes escribían la historia querían ubicar limpiamente una figura, que podía ser Larrañaga por su actitud y su pieza oratoria de 1816, o bien José Manuel Pérez Castellano –quien dejó en su testamento libros y otros bienes junto a la idea de una biblioteca pública– o Juan José Ortiz, o el padre Felipe Ortega, todos representantes de la Iglesia, cabezas centrales en la conformación cultural de la Montevideo de fines del siglo XVIII.

De dónde vienen los libros, es la pregunta, quién los ordena y cómo lo dispone, qué se hace con ellos. La «historia visible» es el trasiego, dentro y fuera de la ley, de textos impresos, de voces que acaban en el papel. La «historia esotérica», siguiendo otro término de Real de Azúa (1975), oculta el resto.

Antes del principio

El movimiento de los libros en la Banda Oriental empieza con los jesuitas, y su interrupción es arbitraria y violenta, decidida por

2. El pliego entregado a Lecor por tres representantes del cabildo le ofrecía «a Su Majestad Fidelísima», con las llaves de Montevideo, los «miserables países desolados por la anarquía en que han sido envueltos en espacio de tres años» (Algorta Camusso 80). De cualquier manera, el biógrafo que cita este documento pone a Larrañaga del lado de la revolución artiguista, como un incondicional, no obstante este se hiciera parte luego del «Club del Barón» (Lecor). Escribe A. Camusso: «para mí hubiese sido mucho más agradable presentar a Larrañaga en la más cruda oposición a todo lo que no fuera Artigas; pero con la misma sinceridad declaro que estudiadas y pesadas las circunstancias de tiempo y de lugar, no pierde un solo matiz de su egregia figura de patricio por el hecho de haber aceptado el gobierno invasor» (81).

un decreto de Carlos III, de 1767, que quiebra la historia cultural.³ Con la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios de España comienza el problema de los manuscritos, los impresos, los instrumentos científicos, los mapas, las estampas, las piezas de arte americano, la idea de colección y los fondos, semioscuros, de la Biblioteca Pública. El reparto del legado jesuita se hace en diferentes direcciones y a fin de cuentas el rey de España es generoso, magnánimo, pues deshaciendo colecciones que tenían dos siglos, expropiándolas, propone crear bibliotecas públicas (Furlong 1944 59), orden que en la región sur-atlántica de América se hace eco inmediato en el gobernador de Buenos Aires, el clero y la burocracia, y se mantiene más tarde en el virrey del Río de la Plata.⁴ Este es un factor clave de la revolución futura.

Los libros y las estanterías de los curas expulsados de Montevideo pasan a manos del padre Ortega y luego a las de Pérez Castellano.⁵ La historia republicana y liberal puede interpretarse a partir de las tensiones religiosas y políticas, incluso a través de la amistad entre curas y en general por los «tratados de límites», que era el problema secular de las monarquías peninsulares y razón de las divisiones radicales tanto en el territorio como en el espíritu de la época. La revolución

3. Expulsados del dominio español, los jesuitas dejaron en los Colegios y las Residencias «el rico tesoro de sus nutridas bibliotecas», escribe Ferrés, y continúa: «Obligados a salir sin otros libros que sus breviarios y devocionarios, de nada el desprendimiento fue más cruel, al decir de un cronista, que respecto de aquellos valiosos conjuntos de libros, en que se encerraba, junto con la ciencia sagrada, todos los conocimientos de la ciencia profana cuya divulgación, manuscrita o impresa, se había verificado hasta 1767» (196). Pablo Hernández narra episodios del «desusado atropello» de la autoridad y da noticias de los arrestos en la Residencia de Montevideo en *El extrañamiento de los jesuitas del Río de la Plata y de las Misiones del Paraguay por decreto de Carlos III*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1908.

4. Carlos III dio pautas para la división de los libros y otros bienes, beneficio que empezaba por las Universidades y llegaba a los seminarios de curas y misioneros (Furlong 1944 59). En setiembre de 1768, dos meses después de las expropiaciones, el gobernador de Buenos Aires Francisco Bucareli le propone al Conde de Aranda abrir bibliotecas al público, «según se practica en esa corte y en otras partes» (apud Torre Revello 118-119).

5. Carlos Ferrés trata el caso de los libros en 196-199. A partir de su investigación se conocen los procedimientos administrativos que decidieron el destino de los 1930 volúmenes de la Residencia jesuítica de Montevideo. Temporalidades había ordenado que Ortega cuidase de la colección «perpetuamente», y este, suplicando en Buenos Aires que se revisara la decisión, sin saber qué hacer con los libros tras cuatro años de custodia, consigue que en 1775 pasen a manos de Pérez Castellano. Antes de devolver lo que guardaba, Ortega insistió con que una sala de la Residencia fuera abierta como biblioteca pública, a lo que el cabildo se negaba alegando que era «de más necesidad el establecimiento de un hospital» (Ferrés 198).

de 1810 va a opacar cualquiera de estos antecedentes en busca de los prohombres de la independencia y de los documentos que legitimaran la propiedad y el control del territorio, eliminando lo que no correspondiera a sus ideas, sobre todo si estas eran representadas por sujetos anónimos, por cristianos modestos —«unos locos, unos iluminados del Antiguo Régimen», según Claude Lévi-Strauss.⁶

Los libros de los jesuitas son la matriz de la Biblioteca Pública de Montevideo y están perdidos, ocultos entre otros, fuera de inventario. Este es el comienzo de la tradición (expolio, arbitrariedad, desorden, herencia forzada) y su centro es evanescente. La historiografía dejó dos problemas sin solución: desde dónde escribir la historia de la Biblioteca Nacional y cuáles eran los libros del ambiguo fundador, Dámaso Antonio Larrañaga, quien administra (como el gran lector de su época) una fortuna que él creía escasa. La biblioteca del presbítero es un misterio que se impuso con la muerte de este, en 1848, cuando habían pasado diez años de la reapertura de la biblioteca pública, llamada entonces Biblioteca y Museo. El escribano que procede a inventariar los bienes de Larrañaga —entre ellos «manuscritos y objetos curiosos de Historia Natural»— da cuenta de su biblioteca particular, que en 1854 se mantenía sin divisiones (Algorta Camusso 210 y ss., Larrañaga 1922 19 y ss.). Los «objetos curiosos» pasan al Museo Público de Montevideo y los libros se dispersan, algunos vuelven a la Biblioteca Nacional de manos de otros propietarios, el caso más notable es la enorme, pesada y extraordinaria colección de *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent*, de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, que ingresa al acervo de la Biblioteca a mediados del siglo xx (Castellanos 1949 619).

Refiero a la muerte de Larrañaga porque es entonces, en lo póstumo, cuando se revela su legado y puede verse mejor aquel proyecto de biblioteca pública, ligado a su entrega a la «Historia Natural». A la muerte de Larrañaga, además, se dividen las aguas del pasado colonial y el futuro nacional, y entra en escena de manera decidida Andrés Lamas (1817-1891), un lector poderoso, el primero en revisar y poseer los manuscritos que el cura guardaba consigo. Las «camadas depositadas sucesivamente las unas sobre las otras» conforman el mundo, como escribió Lamas a partir de la lección geológica de Larrañaga, y también conforman la Biblioteca, sea esta concreta



6. Claude Lévi-Strauss, de Denis Bertholet, Valencia: Universitat de València, Universidad de Granada, 2005: 112.

o abstracta, una suma de colecciones materiales o la multiplicación mental de fragmentos de escritura.

Admirando lo que tuviera delante, en los albores del siglo XIX sudamericano Larrañaga induce al vértigo de nombrar: «viéndome en la precisión de poner, como Adán, nombre a casi todas las producciones que se me presentaban, para darme a entender a los sabios», le escribe al gobierno al donar parte de sus colecciones científicas (18 de octubre de 1837), «sabía que exploraba un país virgen y feracísimo» (citado por Castellanos, Larrañaga 1965 xxxix). Este es el umbral montevideano de la «enumeración caótica» que rige la literatura y la ciencia, en este caso movidas por el mito bíblico del primer hombre, cuyo aliento desde la unidad del Edén cubría al ámbito «virgen» del Río de la Plata. En nombre de Dios y con un paso firme hacia la retórica de la nación, en 1837 Larrañaga demarca el territorio de la ciencia aplicada y vislumbra, ahora como autoridad en botánica y en ciencias afines, la economía agraria del país. Los cientos de especies que había clasificado, base de la flora y la fauna nacional, podían convertirse en materia explotable.⁷ Al referir a la fertilidad de las tierras del recién nacido Uruguay, Larrañaga miraba hacia un futuro del que las clases dirigentes estaban sedientas. De paso, fundando con su legado los cimientos del Museo Nacional, sentenciaba en el pasado aquel proyecto de biblioteca revolucionaria, de 1816, en la que él mismo fungiendo de etnógrafo iba a reconciliar las visiones indígenas, africanas y europeas que encontraba en Montevideo y más allá de los límites de la ciudad.



Visión al natural

No voy a detenerme en la época posterior a la ceguera de Larrañaga, constatada según Algorta Camusso en 1825, sino en los años de actividad práctica intensa, signada sobre todo por la agudeza de la visión y por la curiosidad táctil. Me refiero al papel que ejerce como naturalista a la par de su carrera en la Iglesia, introduciendo en la comunidad de manera notoria, pública, asuntos de ciencia y a la vez de poética y de mitología cristiana. Pese a la generosidad que lo movía y a su interés por intercambiar, entre los suyos tenía pocos con

7. Lamas decodifica esta clave («Naturaleza» como repositorio de especies y recursos primarios, «a catalogue of objects awaiting commodification», Andermann 2003 291) y guarda consigo el «Diario de Historia Natural», editado en 2015 y 2017.

quienes hablar. Sus interlocutores estaban en Buenos Aires⁸ y en Río de Janeiro, donde se había ordenado en 1799. En Montevideo era sobre todo el orador que trasmataba el pan y el vino, el pacifista sabio, el auditor, aquel que oía las confesiones de las personalidades de la época y mantenía, con equilibrio y fineza, la confianza del cabildo. Siendo ya un hombre formado descubre lo que tenía en común con los exploradores y comerciantes extranjeros que llegaban a la Banda Oriental. Para abundar en los testimonios de estos encuentros hay que esperar a los años 1805, 1806, que coinciden con un periodo en que el centro de su experiencia es, además de leer, escribir, práctica en la que es pionero entre sus paisanos y con la que busca elevar el espíritu de la provincia.

Antes de abrir la Biblioteca Pública Larrañaga crea las condiciones del saber, trabajo que en esta región de América era obra de la «conquista espiritual jesuita» (Métraux *dixit*), y crea además las condiciones para crear otras condiciones.⁹ No es este un juego de palabras sino una descripción primaria de lo que puede ser el principio de la Biblioteca del Uruguay, un tiempo nuevo (modernidad, ilustración, futura república) que concentra el pasado y el futuro. Con el establecimiento, el recinto, la biblioteca, se abre el círculo en el que Larrañaga surge como una figura que alumbra una época borrosa: a partir de sus lecturas y escritos pueden verse los *efectos cognitivos inherentes a la acumulación de libros*, a su materialidad. Los editores de *Le pouvoir des bibliothèques: la mémoire des livres en Occident* estaban de acuerdo con Jean-Marie Goulemot en que la ambición del «Siglo de las Luces» nace de la inquietud y la angustia creada por la inacabable multiplicación de los libros. Al lado otro lado del Atlántico y en el dominio español, en cambio, lo enciclopédico nace de la carencia y la contrariedad. Una «ilustración» con pocos libros, una biblioteca que apenas tiene lectores.¹⁰



8. Klappenbach da una lista de nombres (7).

9. Sobre la biblioteca como condición de posibilidad de un saber sobre el mundo, junto a los museos de historia natural y los laboratorios de ciencia, véase el aporte de Bruno Latour en Baratin y Jacob (1996, 2000).

10. Larrañaga se quejaba de la falta de libros ya en 1804, en carta a su colega argentino Saturnino Seguro (Larrañaga 1965 8-10). En ese momento podía comparar los acervos de Montevideo con los de Buenos Aires, donde había estudiado entre 1792 y 1794, y con los de Córdoba, de donde tenía noticias, todos nutridos por la herencia jesuita. Por otro lado, en 1799 conoció la biblioteca del Seminario de Río de Janeiro, donde se ordenó como diácono y presbítero. Según Algorta Camusso (16), el obispo D. José J. J. Mascarenhas Castelo

Obsérvense los propósitos de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert, cuyos volúmenes de la primera edición (1751) circularon temprano por el Río de la Plata y por la Capitanía de São Pedro do Rio Grande, en el territorio vecino: como enciclopedia buscaba exponer los conocimientos en orden y en secuencia, y como diccionario, contener cada ciencia y cada arte.¹¹ La preocupación estaba tanto en la *genealogía y filiación de los conocimientos* como en el *origen y la generación de las ideas*. Entre Montevideo y Buenos Aires esto tiene efecto no tanto por la *Encyclopédie* en sí misma, que atentaba contra los cánones de la Iglesia y era perseguida por la Inquisición, sino por su contraparte *Britannica*, conservadora en cuanto a la idea de Dios.¹² Larrañaga se encuentra ante ambos monumentos y escoge acceder a las representaciones del mundo por la vía anglosajona.

Ahora intentaré salir de la historia pública, mejor conocida que la privada, para indagar la trayectoria intelectual a partir de referencias marginales, una zona autobiográfica vista por los comentaristas con simpatía aunque sin demasiado interés. Me refiero al *Common place book* que Larrañaga creó para sí mismo y escribió entre 1807 y 1819, una pequeña enciclopedia o «biblioteca portátil» (Blair 1992) que en sus primeras páginas prefigura el nacimiento de la Biblioteca.¹³ Cuando Larrañaga empieza a escribir de forma sistemática —este es el acto fundacional— piensa en los libros y en la lectura, en este orden, después de definir qué es un *Common-Place book* a partir de

Branco le habría ofrecido la cátedra de Filosofía o la de Historia Natural, quizá ambas, en el Seminario que dirigía. Más que un detalle, esto puede verse como un antecedente que dé razones científicas a la posición de Larrañaga ante el dominio portugués-brasileño en la Provincia Oriental (1817-1825).

11. En «Discours préliminaire des editeurs», en Diderot y D'Alembert 1751, tome I.

12. «The French *Encyclopédie* has been accused, and justly accused, of having disseminated, far and wide, the seeds of Anarchy and Atheism», escribe George Gleig en «To the King», dedicatoria del primer volumen de *Supplement to the Encyclopædia Britannica* (1801). «If the *Encyclopædia Britannica* shall, in any degree, counteract the tendency of that pestiferous Work, even these two Volumes will not be wholly unworthy of Your Majesty's Patronage».

13. Llamado «El Libro» por Algorta Camusso, no siempre de la misma manera (a veces figura como «Libro Común»), el *Common place book* que refiero así por la voluntad de Larrañaga de ser parte del género, mide 30 x 21 cm y sus folios numerados van de 1 a 231. Este es el único manuscrito del autor-fundador que se conserva en la Biblioteca Nacional de Uruguay.

la *Encyclopedia Britannica* que tenía a su alcance.¹⁴ Afianzado en sus manuscritos, tanto en el *Common place book* como en el «Diario de Historial Natural» (1808-1814), escribe en el primero: «Vivíamos engañados con los Franceses. Y ojalá que se verifique este poder de los Ingleses, como en p.^{te} esta sucediendo En[ero] de 1809». Edmundo Favaro (1950 31) interpreta en esta frase un cambio de posición con respecto a las guerras napoleónicas, aunque no puede dejar de verse en ello el trazado de un campo intelectual. De hecho Larrañaga comienza sus anotaciones con un fecha, 16 de mayo de 1807, en pleno dominio británico de Montevideo, que se extiende entre febrero y setiembre de ese año. Comienza a escribir un sábado, seguramente temprano, a la luz del día, una semana después de publicado el «Prospectus» de *Southern Star/La Estrella del Sur*, el primer periódico impreso en Montevideo.

Todo parece haber llegado al mismo tiempo: el libre comercio, la traducción, la imprenta, la biblioteca. En este contexto, el *Common place book* puede ser leído como una sinopsis acerca del uso y el valor de los libros, de su fin orientado al conocimiento y a la instrucción, a la felicidad pública. La organización del saber que respondía, en la escala reducida del *Common place book*, a las categorías de Francis Bacon en la *Encyclopédie*, constituyó la base de la cultura letrada, escolar del país.¹⁵ Más allá del impulso acumulador de materiales



14. Se ha especulado quién y en calidad de qué le entrega a Larrañaga la enciclopedia: una hipótesis dice que esta fue «obtenida, sin duda, de algún oficial o mercader de las tropas inglesas de invasión (1807)» (Falcao Espalter 1921 340), y otra que pudo conseguirla, junto a otros textos en inglés, «de algún súbdito británico», según Castellanos, «y se nos ocurre que bien pudo ser uno de ellos aquel John Mawe» (1949 596), a quien Larrañaga había conocido en Buenos Aires en 1806 y con quien mantendrá correspondencia en los años siguientes, cuando el inglés regrese a Londres tras sus peripecias en territorios sudamericanos. La circulación de los 18 volúmenes de la tercera edición de la *Britannica* debe tratarse en otra parte, pues su ingreso estratégico en el Río de la Plata tiene consecuencias prolíficas. Puede compararse, de paso, la realidad de las bibliotecas de Montevideo y Buenos Aires a comienzos del XIX con la de Boston, Massachusetts, puerto de ingreso de la cultura impresa angloamericana en Norteamérica. En *Catalogue of Books, in the Library of the American Academy of Arts and Sciences, Boston* (68 páginas, 1802) figuran obras que Larrañaga deseaba tener cerca, así los 12 vols. de *Genera Plantarum* de Linneaus, *Natural History* de Buffon, la botánica de Swedenborg, además de obras de Berkeley, Bacon, Locke y Bradley, entre otros, ligadas bajo el asunto común de «Treatises on the Human Knowledge». También son parte de la lista Burke, *On the Sublime and Beautiful*, 1761, y los 21 vols. de la cuarta edición de la *Britannica* impresa en Philadelphia, 1798.

15. Ardao describe el «repertorio inapreciable del saber filosófico y científico» de Larrañaga, a quien llama, no sin razón, «fundador de la cultura nacional», punto cero en *Etapas de la inteligencia uruguayana* (24).

y datos, la virtud del naturalista estaba en clasificar géneros y especies y comprender los objetos de la invención humana, según ideas de Rousseau, quien admiraba a Carl Linneaus, autor clave en los trabajos de Larrañaga. Este tenía en común con Linneaus el autodidacismo y la «aproximación frugal» a lo viviente (Charmantier 369), la inclinación taxonómica y la importancia atribuida al *common place book*.¹⁶

Siguiendo a Linneaus en la organización material y en la descripción intensiva de las especies, Larrañaga le dio forma a un repertorio de lo vegetal-animal-mineral único en la región, al tiempo que configuraba un tipo de «pensamiento visual» basado en la escritura sin pretensión estética, apoyada en croquis, diagramas, cuadros comparativos y dibujos. Antes que en la representación pictórica o textual, como sugiere Charmantier sobre Linneaus (392 y ss.), lo estético estaba en ver, tocar y oír los «tres reinos de la Naturaleza», experiencia sensorial que en este caso conectaba al hombre con Dios. La «resplandeciente Estrella Polar del Norte», como llamó a Linneaus en carta a Bonpland (Castellanos 1949 595), guiaba a Larrañaga en su camino de ofrendas al creador de la esencia indescifrable de cada especie.

La Biblioteca Pública de Montevideo, puede decirse, fue abierta por un naturalista colonial, un botánico «aficionado» como escribió con malicia Paul Groussac (20), alguien entregado al deseo de ver y a la enumeración de lo que tenía a la vista. Larrañaga distinguía especies sin problematizar la práctica:¹⁷ soslayaba los debates, disolvía la teoría y en sus métodos reconciliaba a los antagonistas, así Linneaus con Buffon. Falcao Espalter sugiere que Larrañaga se desprende del «gran almacén de conocimientos» del siglo XVIII americano, de la labor de aquellos «que de lejos iban husmeando el ácido perfume de los laboratorios continentales de Occidente, y procurando adaptar su primaria erudición al suelo nativo» (119). En busca de identificar cualidades individuales a través de evidencias fisiológicas y morfológicas (*vérité physique*), Larrañaga creaba unidades de espacio-tiempo

16. Sobre este aspecto véase asimismo Eddy (2010).

17. Es posible que no haya superado la tesina, dedicada a «toda la filosofía», que muy joven defendió en el Real Colegio de San Carlos. Ardao describe y analiza sus contenidos (20 y ss.).

para la ciencia de Europa.¹⁸ Al prescribir y catalogar convertía a la naturaleza en «Historia Natural», a la vez que exploraba, con tinta sobre fibras del papel, las bases materiales del arte. Después de escribir, por ejemplo, el artículo sobre la letra A («en Hebreo se llama Aleph, en griego Alpha, en arábico eleph», f. 7), dedica entradas del *Common place book* a la copia de dibujos por medios mecánicos, a cómo preparar colores y, entre otras técnicas, al «Gravado Mezzotinta». En «Imprenta. Stenotipia» se aproxima a los procedimientos de una tecnología recién estrenada en Montevideo.¹⁹

Cuando la biblioteca portátil de Larrañaga comienza a tomar forma todo es, alrededor de lo impreso, negro sobre blanco. Falcao registró las variantes del color de la Montevideo de la época: «gris pizarra alrededor de 1814», «gris verdoso de jaramago sepulcral» luego, ceniza durante el dominio lusitano (195). La cultura visual de entonces, en formación, estaba desprovista de imágenes. El fundador de la biblioteca partía de lo elemental y era netamente franciscano, fiel a la escuela que lo formó. A diferencia de las riquezas de México y Perú, y con la excepción de los impresos realizados en las Misiones guaraníes en los primeros años de 1700, el sur del continente fue ajeno a la historia de los artesanos impresores de Amberes, Ámsterdam, La Haya, fuera de la realidad de Plantin Moretus y de Aldo Manuzio, del desarrollo técnico que en 1807 tenía más de tres siglos. La región tampoco fue beneficiada por los impresos de España hechos alrededor de 1500, antes de los viajes al Plata de Gaboto y Solís. Larrañaga no vio el rinoceronte de Dürer, grabado en madera,²⁰ ni animal alguno de la fauna que se había expandido —con la fineza de las impresiones flamencas y suizas— siglos antes de los volúmenes de zoología de Buffon y Georges Cuvier que compró en el viaje a Río de 1817 (Castellanos 1949 606).

Desde la perspectiva europea, la América hispana estaba dejada de la mano de Minerva, protectora de las ciencias y las artes, aunque



18. En busca de lo eterno, el cura trabajaba para la «gloria de la Eurocivilización» (Pratt: 178). En este punto pueden ser útiles las distinciones que propone Wallerstein (1997) alrededor de lo que llama «TiempoEspacio».

19. «Para imprimir se pueden formar las páginas con los caracteres movibles imprimiéndolos en una pasta de yeso y después echando plomo y antimonio fundido en los moldes, así formados: retocándolos un poco», escribe Larrañaga en el *Common place book* (f. 61).

20. Conrad Gesner, *Historie Animalium*, vol. 1. c. 2; vols. 4&5, Tigvri: Apvd Christ. For-schovervm, 1551. Reproducido por M. Cooley (2015).

en los enormes dominios de Portugal todo era diferente incluso antes de que se trasladara el rey João VI con la Biblioteca Real, de Lisboa a Río de Janeiro, en 1808.²¹ Las noticias de esta mudanza transatlántica²² tardan en llegar a la Banda Oriental, o al menos Larrañaga no las registra en sus escritos. Pero en 1817, *in situ*, pudo saber de la reunión de las colecciones brasileñas con las portuguesas, y enterarse de la llegada a Río de la emperatriz Leopoldina, princesa de Habsburgo, en compañía de un grupo de científicos austríacos convocados para escribir la nueva «historia natural» a partir de la inmersión en Brasil. Esto es el preámbulo del decreto de 1818 con el que João VI crea el Museu Real, una vitrina sin precedentes en la historia colonial, un dispositivo óptico que se proponía revertir las jerarquías y hacer de Brasil un sujeto –ya no objeto– de conocimiento (Andermann 2002). No es difícil suponer la fascinación de Larrañaga por un proyecto de ciencia imperial al amparo de la unidad del futuro Brasil, que contrastaba con la situación de Montevideo y la región, fragmentada por luchas incesantes y acusada de anarquía.²³

Hay que suponer razones científicas, antes que el linaje portugués por línea materna, las que llevan a Larrañaga a posicionarse en favor de la estabilidad portuguesa. Pese a que fracasa junto al representante Jerónimo Pío Bianqui en la misión que procuraba la unión de la Provincia Oriental al reino de Portugal, Brasil y Algarves (Cuadro Cawen 92-94), mantiene a lo largo de 1817 relaciones cercanas, cabe imaginar, con sus colegas brasileños, los científicos que desde su primera visita a Río de Janeiro le habían servido de guía y de ejemplo. De hecho después del primer viaje a Brasil, en 1799, Larrañaga comienza en Montevideo una colección que cuatro años más tarde es ya un «museo privado de ciencias naturales» (Klappenbach 3). Estos contactos influyentes con Río de Janeiro remarcan el escaso

21. «O labor investigativo de jesuitas do Brasil, de homens que viveram na América portuguesa, integrou-se perfeitamente ao que faziam os sábios da Europa, mesmo na Royal Society», juzga Carlos Ziller Camenietzki en «História e passado da América portuguesa: escritores, religiosos, repúblicos do Brasil no século XVII e sua fortuna histórica», en Meireles et. al. (143).

22. Véase Lília Moritz Schwarcz, Angela Marques da Costa y Paulo C. de Azevedo, *A longa viagem da biblioteca dos reis: do terremoto de Lisboa à independência do Brasil*, São Paulo: Companhia das Letras, 2002.

23. La noción de «Imperio» detrás de esta proposición es la que popone Ricardo Salles (1996, apud Andermann 2003 306): imperio como una alternativa exitosa en comparación con los dominios americanos que habría de perder España.

intercambio con España y cualquiera de sus colonias más allá del contorno del Río de la Plata.²⁴

Falcao Espalter propone, basado quizá en la lectura que hizo Larrañaga del botánico Antonio José Cavanilles (Castellanos 1949 614), un parentesco con los españoles «que cultivaron las ciencias en truco de la decadencia literaria» (146-147), y lo compara con Francisco José de Caldas. Castellanos agrega el nombre del jesuita Juan Ignacio Molina, a quien Larrañaga había leído, el tercero (con José Celestino Mutis) entre «los más insignes naturalistas nacidos en el siglo XVIII en el Nuevo Mundo» (Larrañaga 1965 xxv), pero introduce una diferencia que también puede explicar la desventura editorial de la obra del presbítero: Larrañaga partió de un medio precario, limitado, y trabajó con pocos libros que pudieran auxiliarlo en sus tareas ante el caudal de lo viviente: «solo de toda soledad en medio de la semibarbarie de la época», escribió Ardao (43).²⁵ Argumentar la relación con los naturalistas de las colonias españolas donde, sospecha Falcao (119), se habría formado lo «más antiguo del patriotismo americano», es menos convincente que ligar a Larrañaga al dominio portugués, que en 1817 se preparaba para una época de conservación, estudio y exhibición que atraviesa, con el Museu Real, el siglo del imperio.

A falta de documentos, no es posible estimar las consecuencias de la primera visita de Larrañaga a Río de Janeiro, donde debió visitar la Casa de Historia Natural, conocida como «Casa dos Pássaros». En cambio, los efectos del segundo y último viaje a Río son notorios. Algorta Camusso supone lo que cabe imaginar: a lo largo de 1817 «no fue desperdiciado el tiempo para el estudio de la historia natural en un país que tantas maravillas posee en su privilegiada naturaleza» (81). Al potencial de lo inexplorado se sumaba el interés de las colecciones brasileñas y portuguesas, que habrían de reunirse en un



24. La actitud del virreinato al despachar a Madrid los restos del «*Megatherium Americano*» (*Dasytus Megatherium* Cuv.) hallados en Luján, 1787, muestra el desinterés por crear un diálogo competente entre el Real Gabinete de Historial Natural y las colecciones de la periferia.

25. Larrañaga refiere a sus condiciones de trabajo en la correspondencia con Aimé Bonpland, en 1818. Este juzga «increíble que solo en ese país, sin libros, hayáis podido reunir tantos objetos diferentes, y clasificarlos como lo habéis hecho» (Larrañaga 1965 XXVII).

edificio señorial del Campo de Sant'Anna, Río de Janeiro.²⁶ Poco después de su regreso a Montevideo, en enero de 1818, el cura le solicita al cabildo el arrendamiento de tierras en las afueras de la ciudad, desde donde abre una nueva etapa, fértil, de entrega a la «Historia Natural». Según Isidoro de María, al volver «introdujo las ostras en nuestro río, dando origen con ellas a la reproducción de ese molusco en las costas de la isla de Lobos y Maldonado, donde se encuentran» (80). Eduardo Acevedo agrega que «trajo del Jardín Botánico de Río de Janeiro algunas plantas de morera y algunos gusanos de seda, con los que hizo ensayos en su quinta de los alrededores de Montevideo» (502). Además de proveerse, entonces, de libros y especies vivas, regresa con planes de cultivo y producción. Pronto se avocará, además, a la geología, trabajando hacia una hipótesis de la historia estratigráfica, no humana, del Río de la Plata.²⁷

Lo anterior era un recomenzar a partir de las pérdidas causadas por su ausencia: primero, los «daños espantosos», le escribe a Bonpland (Klappenbach 22), de los herbarios y las colecciones de insectos y aves, y segundo la clausura de la Biblioteca Pública, que era su gabinete de trabajo. Después de la estadía en Brasil Larrañaga retoma, de cualquier manera, una historia que había empezado en 1805, con los ingleses, siguiendo las noticias de las sociedades científicas de Londres²⁸ e interesándose por los rudimentos del comercio, que entraba en una nueva época. La expansión de su curiosidad en los primeros años de 1800 había hecho necesaria la instalación de un establecimiento, mejor visto que la Iglesia, donde tratar y conservar plantas, animales disecados y piedras, insectos, fósiles, un lugar desde el que dirigir cartas a sus colegas y donde recibirlos como visitantes, en fin, donde intercambiar con quien tuviera interés en cualquier rama del saber. Aunque el relato oficial haya puesto por delante de la fundación de la Biblioteca Pública de Montevideo un ideal social,

26. Son varias las coincidencias de Larrañaga con Frei José de Costa Azevedo, naturalista minero brasileño formado en Portugal por un discípulo de Linneaus (Fernández y Henriques 199). Larrañaga seguramente oyó hablar del franciscano, si es que no lo trató en persona. Azevedo fue el primer director del Museu Real (1818-1822), y antes el organizador de las más de tres mil piezas de la «colección Werner», que llamaba la atención de Larrañaga («Werner sobre las Venas Minerales», «Common place book», f. 105).

27. Véase «Memoria geológica sobre la formación del Río de la Plata, deducida de sus conchas fósiles», *Anales del Museo Nacional de Montevideo* (tomo I, 1894 1-12).

28. Entre ellas The Linnean Society, fundada en 1788, y The Geological Society, 1807.

una especie de utopía postcolonial americana, el fin individual y pragmático de Larrañaga está en la base de la Biblioteca y persiste una vez que los proyectos y los fracasos políticos, sociales, se van sucediendo.

La naturaleza de los libros

Después de definir el *Common place book* a partir de la *Encyclopædia Britannica*, como se dijo, Larrañaga redacta el artículo «Lectura y Libros» en el que toca el punto que más le importa: los libros llevan a «progresos en los conocimientos». A su vez da la idea de una comunidad de lectores, que luego puso en práctica, tal vez como la imaginó.²⁹ Excluyendo a los «libros sagrados», recomienda leer de manera activa, tomando notas y apuntes en los márgenes del texto. La lógica y el método que permiten medir y pesar con «la balanza de la mente», claves para el naturalista, formaban la facultad de distinguir «razones concluyentes» de «necedades e impertinencias». Acabados los folios sobre el uso práctico de los libros y las técnicas de trabajo intelectual, todo dedicado a los jóvenes, se lee entre paréntesis: «Isaac Watts, *The Improvement of the Mind*, cap. 4 traducido y reducido por mí». Esto no defrauda porque es más importante, a fin de cuentas, saber qué se hace con las ideas que atribuirles propiedad.

Siguiendo las prácticas de copia, Larrañaga define «Enciclopedia»: «Babilonia de las ciencias y de la razón. (Genio del Christianismo)» (f. 179), y escribe al dorso «Antigüedad del mundo», en media carilla, y firma D. A. L., y luego transcribe la postura de Cicerón sobre la existencia de Dios (f. 180). «Cosas dignas», dice en el primer folio, «de anotarse entre el pensamiento y el estudio». Traduce, escribe una carta y luego copia un artículo, registra noticias



29. «Si tres o quatro personas conviniesen en leer un mismo libro, y cada una tragese sus propias notas sobre en ciertas horas señaladas para la conversación, y se comunicase mutuamente sus sentimientos sobre la materia, y conferenciasen acerca de ella amistosamente esta práctica haría a todos mucha mas provechosa la lectura», escribe Larrañaga en *Common place book*, f. 3, así en el original. En 1810 el cura se reunía «con el elemento eclesiástico civil e ilustrado de Montevideo, tenía su tertulia muy cerca de su casa, en el Convento de San Francisco. Aquel centro cultural que podemos llamar con justicia la primera academia, el primer club de intelectuales de Montevideo...» (Algorta Camusso 33). Klappenbach no pasa por alto que «en el año 1803 [Larrañaga] era asiduo concurrente a la tertulia nocturna que se formaba en la librería de don José Cutiellos» (10).

científicas y mundanas,³⁰ transcribe de una revista, de un libro o de un manuscrito, así los fragmentos del diario de expedición de Alessandro Malaspina (1789-1794) a partir del diario de Francisco Xavier de Viana. Desde que Larrañaga descubre con la *Britannica* qué puede hacer con un *Common place book*, y qué ventajas crea el *ars excerpenti* (Blair 2010), mantiene su atención a las publicaciones inglesas e intercambia con los británicos que encuentra en su camino.³¹ La novedad del «libro» le permitía dividir y etiquetar sus temas a partir de los encabezados, «lógica tópica» (Eddy 328) que precede a la «orientación espacial» de las cosas. El *Common place book* es la biblioteca abstracta de Larrañaga, un modo de pensar conectado a una tradición europea de lectura, escritura, dispersión (Blair 2010 309).

Del otro lado de las estanterías, en la biblioteca concreta, había un movimiento constante de cosas convertidas –por el filtro de la descripción, por la escritura– en objetos de la ciencia. Pese a su formación en el Real Colegio de San Carlos, en Buenos Aires, Larrañaga era ajeno a la investigación teológica, que estaba en condiciones de hacer, acaso le bastaba su fe.³² En el *Common place book* se pregunta cómo evolucionan las cosas que llegan a su mirada, quiere ampliar los límites del saber, fraccionar y nombrar el mundo narrado por el *Génesis* y explicado por Newton a través del movimiento y la materia (f. 180). «Los fenómenos más comunes tienen sus causas hasta hora [sic] desconocidas a los sabios mortales», escribe. Habría que invertir la afirmación repetida por los comentaristas: «Larrañaga leía el libro de la Naturaleza», y proponer, por el contrario, que interpretaba lo orgánico e inorgánico a partir de los libros. Una vez que salía del sentimiento de revelación causado por una mariposa, un pájaro, o por los restos de un cuerpo, buscaba dejar su huella en un registro que pudiera interesar y asombrar a los autores del repertorio mundial de géneros y especies. Los libros le servían para apropiarse de un campo extenso, de la tierra con «flores raras y plantas poco comunes», y de la vida de los animales salvajes, a la vista o enterrados.

30. Estas por lo general le llegaban desde Londres: «Nogal y Maní», «Diamante Pigot», «Un marido vende su muger» (sic), «D. Diego Velázquez», etc.

31. Él mismo registra anécdotas cómicas, algunas (como la compra de urracas) en *Diario de viaje de Montevideo a Paysandú*.

32. En cuanto a la tesis de formación y al ámbito intelectual del San Carlos, véase el comentario y el análisis de Ardao.

A Cuvier le llegó la noticia, divulgada luego por la Geological Society de Londres, del hallazgo del fósil *Dasypus*, referido en el *Common place book* como el «Peludo», un armadillo de grandes dimensiones.³³ Incluso ante el fémur de una especie desconocida, los libros eran instrumentos que afinaban la visión. «Libros útiles que me hacen falta», anota: diccionarios y gramáticas, Plinio, Aristóteles (f. 152). Fuera de la literatura y de la filosofía, las obras con las que Larrañaga trabaja son ahora parte de la historia de la ciencia, ámbito al que él mismo pertenece. Pese a estar ligado a la política, con influencia en Montevideo durante más de una década, evitaba escribir sobre los acontecimientos del día. Obligado por las circunstancias, solo así, cedió al pedido de Lecor y le entregó una cronología histórica extensa³⁴ que realizó con su amigo y colaborador José Raymundo Guerra, albacea del padre Pérez Castellano. Acaso comprendía lo débil que es el relato del pasado humano en comparación con el hallazgo, por experiencia directa, de la vibración de un hueso enterrado.

Con su obrar modesto e incesante el cura creó en Montevideo las bases de una comunidad científica y letrada que mal o bien reconocida perduró en el tiempo. Paul Groussac abusó de su lugar y de su estilo al comentar el pasaje de Larrañaga por la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1814-1815): «Aprovechando su forzosa residencia en la campaña [desde 1811]», escribe, «profundizó sus conocimientos en historia natural y comenzó a redactar algunos apuntes de botánica» (no, había empezado antes), «al paso que formaba un rico herbario» (sí). «Por allí encontró un fémur de gliptodón y fragmentos de coraza, y comunicó su hallazgo a A. Saint-Hilaire, que viajaba entonces por estas regiones» (doce años después). «También se ocupó de física, de agricultura, de astronomía, con esa variedad de aptitudes frecuente en los aficionados» (tiene razón). «Montevideo le debe varias fundaciones benéficas que conservarán su nombre más seguramente que sus estudios científicos» (no). Apurado por juzgar, Groussac no podía verificar lo que afirmaba (20-21). «De su permanencia en Buenos Aires, extrajo probablemente la idea de varios



33. Larrañaga 1965 11-13. De los restos hallados por un hermano del cura, cerca de Solís Chico, hay referencias en *The London and Edinburgh Philosophical Magazine and Journal of Science*, vol. XVI, January-June 1839, London: University of London, 1839: 516, y en Richard A. Fariña, Sergio F. Vizcaíno y Gerry de Iuliis, *Megafauna. Giant Beasts of Pleistocene South America*, Bloomington: Indiana University Press, 2013: 39.

34. «Descubrimiento y población de esta Banda Oriental del Río de la Plata. 1494-1818» (Larrañaga 1965 178-252, con referencia a ediciones anteriores: 1861, 1913, 1914).

proyectos filantrópicos, que aplicó en su patria con celo laudable» (sí). «El establecimiento de la Biblioteca Pública de Montevideo fue en gran parte obra suya, pudiendo decirse que aquella es hija de la nuestra», o mejor, en común: hija de los libros que la corona española entregó a los curas de sus dominios.

Antes que contradecir a Groussac, habría que estudiar a Larrañaga a la luz de las invasiones inglesas al Río de la Plata y del fracturado archivo jesuita sudamericano, partiendo del eje Río de Janeiro-Córdoba en lugar de Montevideo-Buenos Aires. Esta perspectiva toca la madera enterrada de la formación colonial rioplatense desde el siglo XVII, y en ese humus de historia espiritual-sincrética, con sus lenguas extinguidas, muertas, se entrevé el nacimiento de la Biblioteca. Larrañaga es un espécimen americano en sus aventuras solitarias y en sus improvisaciones, un seguidor católico de la tradición de cartógrafos, etnólogos, geógrafos, lingüistas, etnógrafos y filólogos, historiadores y cronistas, impresores, constructores, y mucho más, médicos y enfermeros, administradores de la tierra y los cultivos indígenas, los misioneros que cruzaron el Atlántico desde España y Portugal, desde toda Europa, en busca de imponerles la idea de Dios, mediante todo tipo de estrategias, a hombres y mujeres «que en sus borracheras invocan al demonio», según escribió José Guevara en su *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (Lamas 1922 86).

De la colección particular a la historia nacional

Un hecho inusual, audaz, sorprendió en 1841 al entorno privado de Larrañaga. El argentino Florencio Varela, exiliado en Montevideo, se había propuesto «escribir la historia de las naciones que formaban el antiguo Virreinato del Río de la Plata» (Algorta Camusso 172), y con ese fin avanzó por carta hacia los documentos y los libros que suponía guardaba Larrañaga en su residencia de las afueras de la ciudad.³⁵ Este responde con deferencia y atención: «tengo el placer de manifestarle que nada conservo de lo que Ud. se figura. Todos

35. «Como el lamentable estado de su vista no le permitirá ya hacer uso de todos estos preciosos materiales y nos priva de los útiles trabajos que Ud. haría», escribe Varela, «me he determinado a suplicar a Ud. que me haga el servicio de cederme los libros que tuviese en su librería, relativos a nuestra América [...] que me proporcione también todos los papeles y documentos manuscritos e impresos que Ud. tenga relativos a negocios públicos de cualesquiera épocas» (citado por Algorta Camusso 172).

mis libros e igualmente mis papeles y apuntes que pudieran tal vez servirle de algo, los pasé a la Biblioteca juntamente con los libros, manuscritos y algunos impresos sueltos» (en Algorta Camusso 173). Los comentaristas de la vida y la obra del cura encuentran en estas palabras un gesto notable, una «bondad sin límites» (A. Camusso 172), aunque la trayectoria de los manuscritos revela que el destino de las cosas fue distinto al que por entonces indicaba Larrañaga. La Biblioteca había vuelto a abrir, de hecho, como Biblioteca y Museo en julio de 1838, gracias al trabajo de una comisión de ciudadanos que lo designó como presidente honorario, pero esa reapertura acabó siendo un terreno de disputas, el comienzo del fin de la relación biblioteca-iglesia y el principio agresivo de la burocracia.³⁶ Larrañaga entregó acaso sólo una parte de los materiales que poseía y dejó el resto en la ambigüedad.

Pocos años después de su muerte se producen conflictos que los historiadores no lograron desentrañar, y ya es tarde para aclararlos.³⁷ Lo cierto es que el legado de Larrañaga renueva el interés por escribir, ahora desde los proyectos de nación, la historia del Río de la Plata. Andrés Lamas hace su aparición interesada y recoge los dividendos. Es provechoso detenerse en los trabajos de Lamas y aquilatar su incomparable acumulación intelectual, limitada en su tiempo por las aspiraciones políticas y por una carrera condenada por la historia nacional, uruguaya, entre otras cosas por los resultados de sus negociaciones de límites con el Imperio de Brasil, en 1851. Es el segundo expresamente interesado en el archivo de Larrañaga después del arrojado de Florencio Varela, y el primero que logra acceder, en 1859, a los manuscritos del cura y a los impresos primitivos de la Banda Oriental, documentos históricos del país.

36. La historia de la comisión, detallada cronológicamente por Klappenbach (20), acaba cuando el Ministerio de Gobierno nombra como bibliotecario público al postulante Francisco Acuña de Figueroa y deshace, con esto, los planes de reorganización de la Biblioteca creados en 1837. Ante «esa especie de atropello», comenta Algorta Camusso (164), «la Comisión no pudo hacer más que retirarse del establecimiento y disolverse». La decisión ejecutiva funda en julio de 1840 lo que se conserva como Archivo Histórico Administrativo de la Biblioteca Nacional (véase vol. I, f. 1) y abre la tensión constante entre lo que la Biblioteca es y lo que pretende ser, el «doble discurso».

37. Los últimos datos precisos sobre la herencia material están en «Reseña de los manuscritos», sin firma (probablemente Algorta Camusso), en Larrañaga 1922 19-21. Esta nota mantiene deuda con el doctor Carlos María de Pena, cuyo estudio publicado en los *Anales del Museo Nacional de Montevideo* (tomo I, 1894 19 y ss.) esclarece la situación del archivo de Andrés Lamas, donde estaba la clave de los manuscritos de Larrañaga.

Lamas lleva la biblioteca a otra dimensión, es el lector supra del medio siglo como Larrañaga lo fue al comienzo y José Enrique Rodó lo será en la Montevideo de fines del XIX. En los archivos de la Biblioteca Nacional surge como el fundador de la investigación histórica, comisionado por decreto, en 1849, para escribir la historia del Uruguay.³⁸ Aunque el propósito con el que Lamas había convencido al gobierno no llegó a realizarse, su producción escrita y los márgenes de esta dan una idea general del peso del siglo XIX, de la creación en campo raso y del nacimiento material, además de ideológico, del estado-nación.³⁹ Entre la experiencia personal y el interés público y oficial —a esa altura fracasado— de escribir historia, redactó en Buenos Aires, en 1873, las *Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos inéditos que puedan ilustrar la historia colonial del Río de la Plata*. Lamas firma el cuerpo principal del texto con Juan María Gutiérrez y Vicente Fidel López, sus colegas argentinos, aunque la investigación, los fundamentos y el estilo sean los suyos. En pocas páginas da una idea de los propósitos de las bibliotecas y los museos nacionales de la región: se buscaba todo lo que esclareciera los viajes históricos y trazara las rutas del comercio colonial, además de atesorar los documentos que legitimaran la propiedad del territorio.

En la década de 1870 las bibliotecas nacionales de Uruguay, Argentina y Chile se asientan, o se levantan con vigor, depende cómo se vea, y comienzan a experimentar nuevas formas de la fragilidad. En Montevideo, donde las mudanzas habían dado lugar a la confusión de fondos y colecciones (Mascaró 170), se renueva el sistema de organización, que había definido Teodoro Vilardebó en 1837, se hace por primera vez un proyecto de catalogación y

38. Archivo Histórico Administrativo, vol. I (1840-1871), f. 25. [La numeración de los folios lleva doble y a veces triple numeración]. El documento fue transcrito y editado por A. Casas (1987).

39. Véase la colección de folletos de Lamas que conserva la Biblioteca Nacional de Uruguay, en Materiales Especiales, una serie de impresos cuya fecha extrema es 1807. Allí hay rastros de los negocios públicos tanto de Argentina como de Brasil y Uruguay, y de los temas clave para la organización de las sociedades alrededor de las instituciones estatales. Se puede leer tanto el estatuto de la sociedad tipográfica como un reglamento para la policía de campaña, proyectos de hidráulica o la situación de los extranjeros, etc., entre los innumerables intereses de Lamas.

luego un inventario.⁴⁰ El uso cada vez más diverso de los libros y las donaciones masivas desde el extranjero a partir de 1860, alteran las estanterías y cambian los modos de leer. Si la historia de la cultura puede compararse con la historia de la fabricación de tejidos, en 1788 la Banda Oriental producía «unas cuantas clases de paño»,⁴¹ en 1807 comienza a abrirse a las «piezas inglesas», con Larrañaga, y luego, lentamente, a los tejidos propios. En 1870 la trama muestra la posibilidad de ser «industria», y en 1900 la producción alcanza el tapiz barroco, a *grande escala* en la dimensión uruguaya, que ocupa ya no una sino varias salas de la Biblioteca.

De la historia nacional al relato policial

El primer rastro de la circulación de los libros que se documente en el Archivo Histórico Administrativo de la Biblioteca Nacional es, en la fase posterior a Larrañaga, el traslado de volúmenes de la parroquia de San Francisco a la Biblioteca Pública (f. 3), en 1840, y en 1845 el pago de una indemnización al exiliado argentino José Rivera Indarte, quien entregó al acervo del estado un libro que compró por error (f. 11). En este ámbito de cordialidad y trueque toma forma la historia republicana de la educación (f. 20), y la historia del país (f. 25).

Tras su paso por la Biblioteca en calidad de lector privilegiado por el gobierno, Lamas se reservaba el uso de las fuentes. En 1852 se abre un expediente que podría llamarse «el caso del Padre Lozano»: el doctor Luis Nasimbene, quien acabará escribiendo una «Historia de la América Meridional...», le solicita a la Biblioteca (f. 52) el préstamo domiciliario de la copia manuscrita de «Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán», de Pedro Lozano (1697-1752), pedido al que la institución accede por voluntad de Lamas (f. 69). Diecinueve años después de disponer de esta copia de más de dos mil folios, Lamas contesta desde Buenos Aires (1868, f. 274) al reclamo que hace la Biblioteca para que los manuscritos regresen

40. El proyecto es de abril de 1869 (Archivo Histórico Administrativo, vol. I, f. 283/289) y el «Inventario de la Biblioteca Nacional» de mayo de 1870 (f. 323/329). Con estos ricos expedientes, que en lugar de establecer un orden constatan el desorden, se puede analizar el acervo, ya como archivo cultural, de la Biblioteca y del país, aunque a primera vista parezca incompleto (siempre hay libros que faltan).

41. Andrés Lamas, *Estudio sobre la fabricación de tejidos de lana en el Río de la Plata*, Montevideo: Imprenta de La Tribuna, 1876: 17.

a Montevideo: se declara «al servicio de las ciencias históricas, sin pretender otra compensación que la que me da la conciencia de que contribuiré, aunque en pequeña parte, a hacer menos ingrata la labor de los futuros historiadores del Río de la Plata». Consecuente con esto, en 1873 edita en cinco volúmenes la *Historia de la conquista...* del padre Lozano y da comienzo desde el prólogo a las disputas filológicas en el Río de la Plata, un acontecimiento en la historia de la producción de los textos y un antecedente de lo que significa transmitir, editar y sobre todo hacer crítica de los procedimientos de edición.⁴²

Lamas polemiza con el historiador italo-argentino Pedro de Angelis, quien en 1853, pocos años antes de morir, se había desprendido de documentos únicos para escribir una historia siempre en tensión. El propio Lamas habría sido, según reseña Ruggeri (2009 14), quien hizo la mediación junto al futuro presidente Bartolomé Mitre para que De Angelis vendiera en Río de Janeiro su gran biblioteca, en la que conservaba documentos y mapas de la región sur-atlántica.⁴³ Esta historia compleja concierne al trabajo de la diplomacia brasileña en el Río de la Plata desde mediados de la década de 1830, cuando Lamas no podía saber el valor que acumulaba de Angelis, a quien en ese entonces pudo empezar a leer.⁴⁴ La confrontación de criterios y la crítica directa a cómo proceder con las fuentes es una contribución de Lamas al revisionismo de la historia, al mismo tiempo que esta se escribía, y era política pues en la figura de Pedro de Angelis se condenaba al autor de los volúmenes dedicados (bajo el título «¡Viva



42. A partir de un manuscrito que existe en la Biblioteca Nacional de Chile, en copia de la que Lamas tenía noticias, Ernesto J. A. Maeder revisa la primera edición del texto de Lozano y lo reestablece en *Historia de la conquista de las provincias del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (2011).

43. Véase la Biblioteca Virtual Pedro de Angelis, <https://bndigital.bn.br/projetos/angelis/spa/proyecto.html>

44. Este expediente amplio y borrascoso involucra a los ministerios exteriores de Brasil, Argentina y Uruguay, y configura la mayor mudanza que se conozca de «documentos para escribir la historia del Río de la Plata», pues se trasladan a Brasil partes del archivo jesuita coleccionado por el historiador. Véase la nota de José Honório Rodrigues y la introducción de Jaime Cortesão a *Jesuítas e Bandeirantes no Guairá (1549 [1594]-1640)*. *Manuscritos da Coleção de Angelis I*, Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, Divisão de Obras Raras e Publicações, 1951. http://objdigital.bn.br/acervo_digital/div_manuscritos/mss1019228/mss1019228.pdf

la federación!») «al excelentísimo señor brigadier general D. Juan Manuel de Rosas». ⁴⁵

Pese al repudio, De Angelis era el modelo de una generación de intelectuales, el contraejemplo, y su aventura editorial al amparo de Rosas había inspirado a Florencio Varela, el joven que le pidió a Larrañaga sus libros y manuscritos, todo cuanto sirviera a sus fines de historiador político, sabiendo el presbítero lo que un pedido de esa naturaleza podía significar en las confrontaciones del Río de la Plata. ⁴⁶ La sangre corría no muy lejos de la Biblioteca, nunca dentro, y en los papeles comenzaban a tramarse historias policiales cuando el estado tenía apenas conformado su cuerpo policial. El caso de la copia manuscrita del libro de Lozano, que ocurrió unos años después de la pequeña historia de los libros devueltos a la Biblioteca de Montevideo por Rivera Indarte, es quizá el primer misterio para un detective. El expolio, el ocultamiento y la violencia alrededor del archivo salen a la luz con Lozano, jesuita de las Misiones, pues él mismo era un investigador que procuraba fuentes para describir el *mundo nuevo*, es decir, las bases y tolderías europeas en América del Sur, derivas del enfrentamiento que había comenzado en 1516 con la llegada al Río de la Plata del explorador Juan Díaz de Solís.



Epílogo

La Biblioteca, puertas abiertas, *lugar común* en dos sentidos de la tópica aristotélica: allí sucede la «amplificación oratoria» (desde el comienzo Larrañaga es ejemplar) y se establece la «sede

45. Los tomos de *Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de la Plata*, de Pedro de Angelis, publicados por la Imprenta del Estado en Buenos Aires, circularon en Montevideo (1836).

46. Seguramente Larrañaga tuvo noticias, en 1806, del documento que firmó W. C. Beresford pocos días después de tomar Buenos Aires, punto cero de las *exploraciones* inglesas como las llama en el *Common place book*. En el numeral 2 del decreto los ingleses prometían mantener la paz de los monasterios y los colegios (es decir, de las bibliotecas), que «permanecerán como siempre libres, y en nada se les molestará», en 5 se prometía proteger los archivos públicos, que recibirían ayuda de Su Majestad Británica, y en el numeral 6 se declaraba la protección a la religión católica y a la curia eclesiástica. Valentín Alsina transcribe el documento «Condiciones concedidas a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires y sus dependencias por los jenerales (sic) en jefe de la fuerza de mar y tierra de Su Majestad Británica» en *Compilación de documentos relativos a sucesos del Río de la Plata, desde 1806* (Montevideo, 1851: 28-30).

de argumentos». ⁴⁷ Lugar de leyes y refutaciones, todo en su interior será juzgado y vuelto a juzgar. Como puesta en abismo es un buen ejemplo, otra vez, el *Common place book*. Larrañaga inicia el manuscrito con la palabra «Libro», «Lugar común», a partir de la traducción de un artículo de la *Encyclopædia Britannica* que consulta con fines de aprehensión científica. En ese cuaderno de variedades que continúa una práctica extendida en Europa desde los siglos XV y XVI, se representa al lector moderno, que dispone o cree disponer de los catálogos de la totalidad de los objetos creados. Todo en un volumen práctico, además, que puede llevarse bajo el brazo.

Si el enciclopedismo europeo contribuyó a disminuir la práctica de transcribir y tomar notas, en este caso americano, por el contrario, la estimuló de tal forma que el *Common place book* puede ser leído como el proyecto de la Biblioteca Pública. Larrañaga abre en sus páginas una actividad intensa y sistemática de lectura y escritura, y establece *el lugar donde los letrados encuentran todo para enriquecer sus escritos* (Blair 1992), algo que define tanto al *commonplace book* como a la Biblioteca. En este caso se trataba, además, de proteger y expandir las colecciones botánicas, minerales y zoológicas, y de enriquecer a un pueblo poco dado a la lectura. ⁴⁸

Además de revisar los comienzos de la Biblioteca de Montevideo, quería mostrar cómo los textos actúan en el mundo, cómo se transforman en cosas que luego vuelven a su estado «original» de escritura, proyecto, memoria. *Al cruzar esta puerta, se abren otras*, se lee en la entrada de una biblioteca que conserva un cuantioso acervo jesuita, ⁴⁹ y así hasta no encontrar la salida de esos edificios donde se deposita toda la vanidad. «Les petites maisons de l'esprit humain», los llama la *Encyclopédie*. En todo caso la Biblioteca es como la mente, que puede ser descrita en su funcionamiento, en sus efectos, en sus fallos, pero no comprendida en sus dimensiones superpuestas, en sus eslabonamientos e innumerables secretos.

47. A. Blair (1992) a partir de F. Goyet. Cfr. Baratin y Jacob (1996, 2000).

48. Descarto la controversia que introduce Furlong al reivindicar el pasado «saturado de libros» (60), el «excepcional mercado» rioplatense y la «vastísima cultura» (51) que competía con Madrid. Esta tesis niega la existencia de la colonia (85), relativiza el peso de la Inquisición y magnifica el siglo XVIII en favor de una élite ligada al clero y al aparato burocrático colonial (1944 *ad passim*).

49. Universidade do Vale do Rio dos Sinos (Unisinos), São Leopoldo, RS, Brasil.

Es probable que la dispersión de un paseo a través de pasillos llenos de libros dé buenos resultados. Como los naturalistas y exploradores que observaban lo que tuvieran a la vista, basta reconocer lo singular y tomar notas, hacer un registro, otros sabrán qué significa. La biblioteca es el lugar, al igual que el *Common place book*, donde se mueven las fronteras de lo pensable y lo decible. Después de horas allí comienza a verse lo que suele escapar a la mirada. Las transiciones de la percepción entre maximizar y minimizar los objetos son inmediatas e inmensas. Se está delante de un volumen (*Encyclopédie*: «Bibliomane», «Bibliomanie», «Bibliothèque») que da la ilusión de contener el mundo, y en su medida lo contiene, y cuando es hora de salir, se cae en la cuenta de que es la Biblioteca la que contiene todas las cosas, y el hecho de mantener algo a la vista es incierto y efímero. Se está allí dentro y también fuera, aunque dentro.

Un poco antes de celebrar su bicentenario (2016), en una sala de la Biblioteca Nacional de Uruguay estaba expuesto el retrato de perfil, al óleo, de Dámaso Antonio Larrañaga. Destacado por sus dimensiones, por el fondo oscuro y por su ubicación, este precedía en la galería a Pérez Castellano, retratado con libros al fondo, pocos, en un estante. Cuando el director Pedro Mascaró y Sosa escribió su historia de la Biblioteca Nacional para la *Encyclopædia Britannica*, en 1881, refiere al óleo de Pérez Castellano, a quien la «común creencia», dice, tenía como fundador de la Biblioteca Pública. Ahora está junto a Larrañaga, a retrato seguido, sin que importe la discusión de quién está primero y quién después en la historia de la casa. Si se quiere saldar las cuentas con la colección primitiva, hay que reconstruir la historia material de las Misiones: hallar los libros y los manuscritos, los mapas, las estampas y los íconos, las obras del «barroco guaraní» y todo lo que fue confiscado por los españoles y repartido sin pena ni gloria.

En la misma sala donde estaban expuestos los cuadros a los que referí, se puede consultar el *Common place book* de Larrañaga, que trata brevemente de los jesuitas (f. 182) e imagina un lugar para la ciencia y los libros, crea un mundo desde la hoja en blanco y esto a su vez es un minúsculo punto de la Biblioteca. El movimiento constante entre poseer la pieza que es la clave del resto y caer en la cuenta de que nada es lo que parece ni nada se tiene, y que la situación de lectura es una puerta entre otras, ha hecho perder la razón a muchos. Podría hacerse una historia de la Biblioteca derivada de la historia de la enfermedad, de la codicia y del horror. ¿Una sala de lectura, una

sala de hospital?, discutía el cabildo de Montevideo a consideración del padre Ortega, después de 1770 (Ferrés 214).

De manera implacable trabaja el lenguaje con sus operaciones elementales. Un libro se comprende por el que está al lado, una figura es una relación con otras y lo que sigue en la serie tiene sentido por algo que está más allá de la Biblioteca. Semillas, pájaros, animales terrestres y peces para Larrañaga alrededor de 1800, restos arqueológicos y algunos pocos libros. Se puede escribir la historia del país a partir de la «historia natural», y la historia de la Biblioteca, política, a partir de las cosas que faltan. Se puede recobrar la memoria observando largos períodos de amnesia, la zona polvorienta y sombría de la «Carceri d'invenzione». La biblioteca es el lugar de la escritura y de las huellas humanas, tal vez la escritura misma, o en todo caso: una construcción material, virtual, taxonómica, un objeto que no se adapta a nada y se resiste a cualquier explicación de la teoría.

Regresión, abismo, horror al vacío, la Biblioteca se sostiene en la lectura y existe cuando los lectores se han ido, cuando duermen y están muertos. La Biblioteca espera en la oscuridad. Este fue el caso desde aquel verano de 1817, cuando el establecimiento que fundó Larrañaga entró en un paréntesis de veinte años. Una biblioteca clausurada, indefinida, accesible en la memoria de quienes trabajaron para volver a formarla y abrir sus puertas. La Biblioteca no dejó de existir aunque cambiara de signo y de lugar, despojada del centro de su acervo, la parte «fundacional» de la que no se tiene hasta ahora ninguna descripción precisa.



Bibliografía

- _____, Archivo Histórico Administrativo de la Biblioteca Nacional de Uruguay, vols. I (1840-1871), II (1872-1876) y III (1877-1880).
- _____, *Encyclopædia Britannica; Or, a Dictionary of Arts, Sciences, and Miscellaneous Literature*, vols. III (BAR-BZO), IV (CAA-CIC) y V (CIC-DIA), Edinburgh: Printed for A. Bell and C. Macfarquhar, MDCCXCVII [1797].
- Acevedo, Eduardo, «Anales históricos del Uruguay», *Anales de la Universidad*, año XLI, n° 130, 1933.
- Acree, William J., Jr., «Imprentas, bibliotecas públicas y revolución en el Río de la Plata», *Revista de la Biblioteca Nacional*, época 3, año 8, n° 11-12, 2016: 147-173.
- Aguirre, Carlos, y Ricardo Salvatore (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina. Siglos XIX y XX*, Lima: Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018.

- Algorta Camusso, Rafael, *El Padre Dámaso Antonio Larrañaga. Apuntes para su biografía*, Montevideo: Talleres gráficos A. Barreiro y Ramos, 1922.
- Andermann, Jens, «Empires of Nature», *Nepantla: Views from South*, vol. 4, 2, 2003: 283-315.
- _____, «The Museu Nacional at Rio de Janeiro», 2002, consultado online julio 2020 <http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/Andermann01.htm>
- Ardao, Arturo, *Etapas de la inteligencia uruguaya*. Montevideo: Universidad de la República, Departamento de Publicaciones, 1971.
- Baratin, Marc, Christian Jacob (eds.), *Le pouvoir des bibliothèques: la mémoire des livres en Occidente*, Paris: Albin Michel, 1996, trad. *O poder das bibliotecas: a memória dos livros em Ocidente*, Rio de Janeiro: UFRJ, 2000.
- Bennett, Jane, *Influx & Efflux. Writing Up with Walt Whitman*, Durham and London: Duke University Press, 2020.
- Blair, Ann, «The Rise of Note-Taking in Early Modern Europe», *Intellectual History Review*, vol. 20, Issue 3, 2010: 303-316.
- _____, «Humanist Methods in Natural Philosophy: the Commonplace Book», *Journal of History of Ideas*, vol. 53, n° 4, oct-dic. 1992: 541-551.
- Block de Behar, Lisa, *Dos medios entre dos medios: sobre la representación y sus dualidades*, México/Buenos Aires: Siglo XXI, 1990.
- Buonocore, Domingo, *Libros, editores e impresores de Buenos Aires: esbozo para una historia del libro argentino*, Buenos Aires: Bowker Editores [1974].
- _____, *Libros y bibliófilos durante la época de Rosas*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 1969.
- Casas de Barrán, Alicia, «Archivo Administrativo de la Biblioteca Nacional», *Archivos de la Biblioteca Nacional*, n° 1, 1987: 11-71.
- Castellanos, Alfredo R., «Contribución al estudio de las ideas del Prbo. Dámaso A. Larrañaga», apartado de la *Revista Histórica*, tomo XVII, 1952.
- _____, «La biblioteca científica del Padre Larrañaga», *Revista Histórica*, tomo XVI, n° 46-48, dic. 1949: 589-626.
- Charmantier, Isabelle, «Carl Linnaeus and the Visual Representation of Nature», *Historical Studies in the Natural Sciences*, vol. 41, n° 4, 2011: 365-404.
- Cooley, Mackenzie, *Beasts & Books. Catalogue of an Exhibition of Rare Books & Manuscripts*, Stanford: Stanford University Libraries, 2015.
- Cuadro Cawen, Inés, «Los imperios ibéricos en Montevideo (1817-1820). Los avatares del 'partido fernandista'», in Ana Frega (ed.), *La vida política en Montevideo: elites y sectores populares en tiempos de revolución*, Montevideo, Universidad de la República, 2018: 77-116.
- De María, Isidoro, *Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1889.
- Diderot, Denis, Jean Le Rond D'Alembert, *Encyclopédie, ou Dictionnaire Raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société des gens de lettres*. Tome premier («Discours préliminaire des éditeurs», «Explication détaillée du system des connaissances humaines», «Archives», «Article»), tome second («Bibliomane», «Bibliomanie», «Bibliothèque»), Paris: Briasson/David/Le Breton/Durand, MDCCLI [1751].

- Eddy, M. D. «Tools for Reordering: Commonplacing and the Space of Word in Linnaeu's *Philosophia Botanica*», *Intellectual History Review*, vol. 20, Issue 2, 2010: 227-252.
- Ereshfésky, Marc, «Species», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Fall 2017 Edition), Edward N. Zalta (ed.), <<https://plato.stanford.edu/archives/fall2017/entries/species/>>
- Falcao Espalter, Mario, *Entre dos siglos. El Uruguay alrededor de 1800*, Montevideo: Imprenta Renacimiento, 1926.
- _____, «El libro 'Lugar Común' (*Common Place Book*)», *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, v. 1, nº 2, 1921: 339-342.
- Farge, Arlette, *The Allure of the Archives*, New Haven/London: Yale University Press, 2013.
- Favaro, Edmundo, *Dámaso Antonio Larrañaga. Su vida y su época*, Montevideo: Impresora Rex, 1950.
- Fernandes, Antonio Carlos Sequeira, y Deise Dias Rêgo Henriques, «José da Costa Azevedo e Custódio Alves Serrão: da formação na Universidade de Coimbra à estruturação do Museu Nacional no Brasil», en *História da ciência luso-brasileira. Coimbra entre Portugal e o Brasil*, Carlos Fiolhais et. al. (ed.), [Coimbra]: Imprensa da Universidade de Coimbra, 2013: 197-206.
- Ferrés, Carlos, *Época colonial. La Compañía de Jesús en Montevideo*, Montevideo: Clásicos Uruguayos, Biblioteca Artigas, 1975.
- Furlong, Guillermo, *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Buenos Aires: Ed. Universidad del Salvador, 1984.
- _____, *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica*, introducción de J. Torre Revello, Buenos Aires: Editorial Huarpes, 1944.
- Groussac, Paul, *Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires (1810-1901)*, Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos, 1901.
- Havens, Earle, *Commonplace Books. A History of Manuscripts and Printed Books from Antiquity to the Twentieth Century*, Yale: The Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University, 2001.
- Klappenbach, Miguel Á., «Larrañaga y el viejo museo», ed. de A. Mones, *Museo Nacional de Historia Natural y Antropología*, publicación extra, nº 53, 2004: 1-32.
- Lamas, Andrés, *Escritos selectos*, tomo I, Montevideo: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1922.
- _____, *Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos inéditos que puedan ilustrar la historia colonial del Río de la Plata*, Buenos Aires: 1873.
- _____, *Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino D. Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay*, Montevideo: Imprenta Hispano-Americana, 1849.
- Larrañaga, Dámaso Antonio, *Diario de Historia Natural, 1808-1814*, ed. de Ariadna Islas, Montevideo: Clásicos Uruguayos, 2015.
- _____, *Diario de Historia Natural, 1813-1824*, ed. de Ariadna Islas, Montevideo: Clásicos Uruguayos, 2017.

- _____, *Selección de escritos*, prólogo de Alfredo R. Castellanos, Montevideo: Biblioteca Artigas, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1965.
- _____, *Atlas*. Parte I. Botánica. Parte II. Zoología paleontología y mapas. Montevideo: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1927 y 1930.
- _____, *Escritos III*, Montevideo: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1923.
- _____, *Escritos I*, Montevideo: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1922.
- _____, «Oración inaugural que en la apertura de la Biblioteca Pública de Montevideo, celebrada en sus fiestas mayas de 1816, dixo D.A.L. director de este establecimiento», Montevideo: 1816.
- _____, «*Common place book*» [1807-1819], manuscrito infolio, inédito, Biblioteca Nacional de Uruguay.
- Leonhardt, P. Carlos, *Papeles de los antiguos jesuitas de Buenos Aires y Chile*, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, n° XXXIV, Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1926.
- Lozano, Pedro, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, edición de Andrés Lamas, vol. I, Buenos Aires: Imprenta Popular, 1873.
- Maeder, Ernesto J. A., «Libros, bibliotecas, control de lecturas e imprentas rioplatenses em los siglos XVI al XVIII», *Teología*, tomo XL, n° 77, 2001 (1): 5-25.
- Manzoni Bidinoto, Lauro, *Dámaso Antonio Larrañaga: A biografia de um cura em tempos de independência no Prata*, tesis, Universidade Federal de Rio Grande do Sul, 2015.
- Mascaró y Sosa, Pedro, «Apuntes para una historia de la Biblioteca Nacional de Montevideo», *Anales del Ateneo*, año 1, tomo II, n° 9, mayo 1882: 161-184. Reproducido en *Revista de la Biblioteca Nacional*, época 3, año 8, n° 11-12, 2016: 309-332.
- Meireles, Heloísa, Luís Miguel Carolina y P. Marinho (org.), *Formas do Império. Ciência, tecnologia e política em Portugal e no Brasil. Séculos XVI ao XIX*, Rio de Janeiro/São Paulo: Paz & Terra, 2014.
- Métraux, Alfred, «Jesuit Missions in South America», *Handbook of South American Indians*, Julian H. Steward (ed.), vol. 5, Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology, *Bulletin* 143, 1949: 645-653.
- Mustain, John E., *Monuments of Printings. Gutenberg Through the Book Arts Revival*, Stanford: Stanford University Libraries, 2013.
- Pétrarque, *De l'abondance des livres et De la réputation des écrivains*, traduit du latin par Victor Develay, Paris: Librairie des Bibliophiles, MDCCCLXXXIII [1883].
- Pierrotti, Nelson, «Leer, interpretar y actuar. La influencia del libro en el pensamiento colonial montevidiano (1724-1830)», *Humanidades*, año VIII, IX, n° 1, diciembre 2008: 133-154.
- Podgorny, Irina, «Fronteras de papel: archivos, colecciones y la cuestión de límites en las naciones americanas», *Historia Crítica*, n° 44, mayo-agosto 2011: 56-79.
- Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, London and New York: Routledge, 2008.

- Real De Azúa, Carlos, *Historia visible e historia esotérica*, Montevideo: Arca/Calicanto, 1975.
- Ruggeri, Paula, «Pedro de Angelis» y capítulos siguientes, en *Pedro de Angelis. Polémicas y documentos*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional de la República Argentina, 2009.
- Saint-Hilaire, Auguste de, *Al sur del Brasil, al norte del Río de la Plata*, trad. de Mariana Vlahussich, en colaboración con Beatriz Vegh, Montevideo: Universidad de la República, Colección del Rectorado, 2005.
- Sloan, Phillip, «Evolutionary Thought Before Darwin», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Winter 2019 Edition), Edward N. Zalta (ed.), <<https://plato.stanford.edu/archives/win2019/entries/evolution-before-darwin/>>
- Speroni Verner, Julio, «Pedro Mascaró y Sosa y la Biblioteca Nacional», *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 9, julio 1975: 53-66.
- Steedman, Carolyn, «‘Something She Called a Fever’. Michelet, Derrida, and the Dust (Or, in the Archives with Michelet and Derrida)», in Blouin, Francis X., Rosenberg, W. G., *Archives, Documentation, and Institutions of Social Memory*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2006: 4-19.
- Stoler, Ann Laura, *Along the Archival Grain: Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense*, Princeton: Princeton University Press, 2010.
- Thomas, Werner, Eddy Stols (eds.), *Um mundo sobre papel: livros, gravuras e impressos flamengos nos impérios português e espanhol (séculos XVI a XVIII)* [2009], trad. Gênese Andrade, São Paulo/Belo Horizonte: Edusp/Ed. UFMG, 2014.
- Torre Revello, José, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, nº LXXIV, Buenos Aires: Casa Jacobo Peuser, 1940.
- Villa, Óscar Jorge, Alicia Fernández, *Bibliotecas coloniales. Libros, lecturas y bibliotecas en la América española y la Banda Oriental durante el período colonial*, Montevideo: Banda Oriental/Biblioteca Nacional, 2012.
- Wallerstein, Immanuel, «El espaciotiempo como base del conocimiento», *Análisis Político*, nº 32, 1997: 3-15.